

Hoy, en esta *hora americana* que abunda en novedades, Perú entra en una nueva fase política luego de una prolongada hegemonía neoliberal. En efecto, el país andino se inserta en un nuevo panorama regional en el cual predominan gobiernos democráticos, resultantes de los conflictos sociales y el descrédito de aquellos poderes públicos que, desde la década del '90, venían aplicando políticas de ajuste. Esta nueva hora se advierte también en la circulación de discursos estatales o partidarios que invocan el nacionalismo, el estatismo y el neodesarrollismo, y que se entremezclan con planteos formulados por movimientos de trabajadores, campesinos e indígenas. Estos, otrora negados como sujetos políticos o incluso negados sin más, retornan hoy en variadas expresiones que establecen nuevos vínculos con el pasado; asimismo, impugnan el viejo orden y se debaten entre las continuidades del nuevo. De allí que buena parte de los idearios del siglo XX se reactiven en estos días y la intervención de los letrados en política no esté ausente de las discusiones, ni ajena a los discursos que emergen.

Numerosas reediciones, proyectos de investigación y novedades editoriales estimulan la renovación de los interrogantes sobre la relación entre intelectuales y política en Perú. Por nuestra parte, con este *dossier* abrimos una nueva sección de la revista, dedicada en esta oportunidad a la historia intelectual del país incaico. Reunimos un grupo de trabajos que reconstruyen confrontaciones en las que se disputa el sentido de la cultura y la historia. Más específicamente, son estudiados aquí ciertos grupos y corrientes intelectuales que se reconocen obligados a dar cuenta del interrogante sobre la composición de lo popular como escisión y de lo nacional como aglutinante.

Los trabajos que presentamos comparten tres interesantes características. En primer lugar, se trata de textos que definen los períodos históricos por la política: la república aristocrática, la batalla del exilio aprista y la crisis de los sesenta, respectivamente. En segundo lugar, si bien ellos no establecen una definición unívoca de *ideología*, se interrogan por la relación entre las ideas y aquello que no lo son, como decía Terán, y dan cuenta de las materialidades (libros, revistas y folletos, y también cartas, informes reservados o grabaciones radiofónicas) en que se sostienen

las prácticas de militantes y letrados -roles que con frecuencia se yuxtaponen. Por último, los artículos dirigen su atención a la circulación de las ideas. A través del desplazamiento de militantes e intelectuales y del diseño de proyectos colectivos, las ideas consiguen extenderse allende las fronteras nacionales; en los casos analizados, ellas circulan entre Perú, Argentina y el viejo continente.

El estudio de Castilla analiza los discursos de García Calderón y de la Riva Agüero, dos cuadros letrados del civilismo de comienzos de siglo que, a pesar de munirse de argumentos positivistas, darwinistas sociales y eugenistas, se integran en la generación idealista o arielista. Castilla señala cómo convergen en ambos autores las diferentes modulaciones de sus miradas racialistas sobre el pasado incaico, a la hora de justificar la exclusión de los indios del nuevo orden que estos intelectuales oligárquicos juzgan civilizado. En el tercer artículo ese razonamiento aparece transformado: en la cinta grabada medio siglo después, Valcárcel sitúa en el centro de la discusión la datación de Machu Pichu dentro del período Inca Imperial para, descartando la consideración racial o el determinismo biológico, asociarlo al esplendor de una deseada justicia social incaica. Y en la misma cinta el poeta Martín Adán adelanta un fragmento de su largo poema que elimina, al subjetivizar aquella roca, toda subordinación a la arqueología o la historia.

Así como las rebeliones multitudinarias de indios, en tanto campesinos, presionan sobre la escritura de los letrados aristocráticos de la Lima del novecientos, en el Cusco de los sesenta las insurrecciones y tomas de tierras son determinantes en la mirada de la juventud intelectual sobre esos pueblos. Es sabido. Pero entre una y otra etapa media, entre los intelectuales y los líderes populares, la irrupción de un dilema: ¿cómo se representa esa masa irredenta?...

La respuesta del APRA y del Partido Comunista del Perú se orientó hacia una pugna electoral que no descartó la vía insurreccional. El primero estructuró la fuerza partidaria y el apoyo de masas, mientras que el PCP fue una usina ideológica y sindical que disputó al movimiento de Haya de la Torre la dirección del proceso. Durante los años treinta, un problema que deberán resolver los activistas de aquellos partidos y la juventud universitaria es el del modo de continuar con la lucha revolucionaria en ámbitos tan adversos como los presidios o los prolongados exilios. Mientras en los sesenta la voz de Arguedas recupera con *El Sexto* su experiencia carcelaria en un libro fundamental, el análisis de Sessa sobre la revista argentina *Claridad* muestra a esa publicación como un espacio de afirmación de la intelectualidad militante exiliada durante los años antifascistas. En las páginas de esa publicación, polemizan apristas e izquierdistas sobre la relación entre el antimperialismo *indoamericanista* y el papel asignado a la lucha de clases en Perú. Esta polémica, que se suma a las intervenciones reconstruidas en los otros dos textos, pone de relieve dos cuestiones clave de la relación entre intelectuales y política: la eficacia de la labor intelectual y la difícil trasposición de los modelos ideológicos de una nación a otra.